

Apuntes para un boceto

EL INDIVIDUALISMO SINFONICO DE LEON DE GREIFF

Por Héctor Rojas Herazo

Con León de Greiff no hemos alcanzado a ponernos de acuerdo. Es demasiado nuestro y demasiado exótico. Es, en el orden poético, uno de los interpretes en posesión de más altos recursos de nuestra geografía y, al mismo tiempo, una incognita y un misterio de la palabra. Profunda, maceradamente fiel a la índole de su idioma -conocedor minucioso del refrán y la copla, de la acritud de Quevedo o de la compleja sutileza de Góngora, por ejemplo- se mantiene sin embargo, ajeno, solicitado por herencias que muerden su estilo con entrañable insistencia. Amó sus vocablos -esas hordas cargadas de música y de sangre que entraron a saco en el inerte territorio de nuestra literatura- no como a fragmentos de un idioma determinado sino como a criaturas generadas por sus propias entrañas.

De Greiff termina probándonos, a través de la vastedad de su obra, que insistir en la esencia de un padecer es la única conducta posible en un verdadero creador. Su mundo es eso exclusivamente: un hombre narrándose a sí mismo, fiel a sus terquedades estilísticas, a sus instantes de lamentación o de ternura, a sus ascos secretos, a las maquinaciones y al hambre de sus deseos. Todo aquello que lo apasionó e influyó se volvió greiffiano.

De las diversas escuelas -el rigor parnasiano, la evanescencia simbolista o la lujosa fusión de estilos y orientaciones del modernismo, por citar algunas de las más influyentes de su tiempo- tomó exclusivamente lo que le era propio, lo que biológica e inexorablemente le pertenecía de cada una de ellas. Es el de León de Greiff un caso imponente de individualismo crea-

Más allá de su cultura se nutrió de sí mismo. Por eso, por estar endiabladamente vivo, le fue posible captar a fondo y moldear un entorno propio donde se entrelazan los oficios, los diarios menesteres, al luto y al júbilo, los candentes mediodías y las llagas nocturnas a la finura suspirante

jolgorios henchidos de insolencia carnal y a la donosura trovadoresca. Todo bulle, ruge, gime o suspira en el purgatorio sínfónico de su palabra. Entre los poderosos registros que efunde su altanero, codicioso y atormentado corazón